

Temor paternal

Tus hijos ya son adolescentes y es propio de los adolescentes estrenar, entrenar, jugar, acertar y equivocarse. Comprobar ellos, opinar ellos, afirmarse ellos, necesitar un

espacio de autonomía, de ocultamiento, de romper moldes. Acudir a la herida no es hacerla, ni estarla temiendo, pero estar allí cuando se presenta, como la sangre de la jota.

«Querido Joaquín:

En cuanto a los adolescentes que son mis hijos el oírte hablar me da luz para tratarlos mejor, pero incrementa mi temor de no poder lograr de ellos lo que ellos quieren para sí.

Estoy persuadido de que las «muletas» que les quiero brindar son las que yo utilicé. Sé que, en ocasiones, les quedan grandes, pero, la mayoría de las veces, les quedan chicas y para acabarlas de amolar, la mayor parte de las veces ni siquiera las necesitan.

Lo que te quiero decir, Joaquín, es que, en relación con los propios hijos, existe, por lo menos en mí, algo que, aunque quisiera compartir no puedo, aunque lo explique y describa, no puedo lograr que tú lo sientas dentro de ti porque tendrías que tener un hijo adolescente.

Es decir, todos los días mis hijos son un adolescente nuevo, en ellos no hay parálisis, cambian a la velocidad del tiempo y a veces un poco más rápido. El mundo, a nuestro alrededor, cambia casi tan aprisa como ellos pero, a diferencia de ellos, su cambio no es tan limpio ni tan transparente, es violento y económico, se compra con dinero y se vende a cambio de cuentas brillantes.

Te quiero decir que, usando una expresión muy mía, siento y vivo lo que se puede describir como «TEMOR PATERNAL». Hoy negué un permiso a mi hija Silvia para ir a una carne asada a la carretera (¡gran tragedia!), no creas que fue por capricho sino que son días de mucho tráfico, iría con sus amigos y sus amigas en el auto de ellas o de ellos, quienes todavía son unos novatos en eso de conducir y tienen que subir la montaña, irían solos, mañana hay examen de matemáticas y no anda muy bien.

Tú me dirás «¿Y qué es lo importante?». En el fondo, en esa frase está el «temor paternal». No nos despedimos. Uno de tus «amigos verdaderos».

Andrés
Monterrey (NL), México

Querido Andrés:

Es una maravilla tu manera de expresarte y también tu manera de vivir tu relación con tus hijos adolescentes. Y voy a usar tus frases para glosártelas.

Que tu interés esté más centrado en su mundo que en el tuyo, en su experiencia de vida más que en la tuya, en sus meandros —con perdón— que en tu visión flexible pero más rectilínea, y sobre todo que tu alegría sea su vida, no que su vida sea tu preocupación.

No tengas miedo a que sus experiencias sean sus experiencias, no tiendas a mediatizarlas con experiencias controladas con control (cercano o remoto), sobre todo, mantén siempre abierto (REALMENTE ABIERTO) el cauce de comunicación, sobre todo la tuya hacia vosotros.

No hay libros sobre la adolescencia de Silvia y de Alejandro; sólo hay la adolescencia de Sil-

via y la adolescencia de Alejandro, irrepitible, emocionante, respetable y que sólo deben recibir la ayuda de la creatividad, no el condimento del miedo, la sospecha y, mucho menos la amenaza, tampoco el abandono, pero tampoco la sobreprotección, atinar es la diana de los que logran amar para el crecimiento.

Yo conozco a tus hijos, yo los he visto ir creciendo de niños a adolescentes, reencontrándome con ellos cada año y me encontré con que son unos adolescentes fascinantes: listos, sanos, ocurrentes, divertidos, llenos de vida, con unas enormes ganas de experimentar la vida, su vida, y con una riqueza de la que nunca dudan (la maravilla de sus padres) aunque en este momento no se la dicen más que a una persona como

inexperto que intenta experiencias, ser explorador, ser el que hace algo por primera vez, no es ningún tipo de limitación, es un privilegio, es lo normal, es lo emocionante, es lo vital. Se aprende el triunfo triunfando, no usando muletas. Y corrigiendo las equivocaciones. Se adquiere la inmunidad no en la asepsia. La riqueza de una persona adulta madura es tener experiencia. La riqueza de un adolescente es llegar a tenerla haciéndola.

Todos los días mis hijos son un adolescente nuevo. En ellos se nota más que en nosotros, aunque hay algunos privilegiados que cada día son un adulto nuevo. Precisamente esa novedad es lo que les hace ser y aparecer como son: volubles, buscadores, seguros e inseguros, que lo saben ya casi todo y que comprueban que necesitan saberlo todo porque no lo saben, y ya no llaman a saber a repetir lo que sus mayores les entregaron como saber.

El mundo a nuestro alrededor cambia casi tan aprisa como ellos pero, a diferencia de ellos, no es tan limpio ni tan transparente, es violento y económico, se compra con dinero y se vende a cambio de cuentas brillantes. Quien tiene un hijo adolescente tiene un tesoro y la posibilidad de revivir muy enriquecidamente la aventura de la propia vida, con toda esa originalidad, fuerza, alegría y espontaneidad que tienen los hijos adolescentes cuando los padres crean el clima óptimo para que ellos no tengan que ocultar su vida y sus hallazgos, para defenderlos de las agresiones o retencencias de unos padres miedosos, angustiados o que no creen de verdad en la calidad y posibilidades reales de sus hijos reales.

Pese a las seguridades que tienen los animales en el zoológico y a lo atrayente que nos resulte visitarlos, su seguridad no es su desarrollo posible ni su más rica normalidad.

Querido padre con miedo paternal: ten sólo miedo a una cosa, a no saber o a no lograr mantener abiertos todos los canales de comunicación con tus hijos para que ellos, cuando quieran comunicarse, lo puedan hacer con toda naturalidad; y cuando no quieran hacerlo no se les cree ningún tipo de culpabilidad. La comunicación brota imprevisiblemente (y es cuando tiene mejor calidad) cuando es el hijo adolescente el que toma la iniciativa.

Un consejito de ti para mí: sigue siendo como eres, tus dos hijos te adoran y estarían encantados de ser, a su manera, una persona tan original, tan genial, tan divertida y tan buena persona como su padre. Por algo, en una ocasión, todos te elegimos como «el amigo verdadero». Un poco así, como dice la jota navarra:

Y ha de ser como la sangre
el amigo verdadero
y ha de ser como la sangre
que siempre acude a la herida
sin esperar que la llamen.

Nunca hagas la herida. Ni la estés esperando. Pero, cuando surja, estate allí para que, gracias a ti, la herida sea mucho más humana y mucho menos cruel.



Joaquín M.ª
García de Dios

El miedo paternal no mejora nada ni los sentimientos del padre, ni la relación con los hijos.

yo, pero a vosotros os la ocultan porque si no no podrían discrepar, desafiaros un poquito (o un muchito), intentar despegarse de vosotros...

No me cuesta comprender esa experiencia que tú llamas TEMOR PATERNAL, pero tengo la gran ventaja de poder ver la realidad adolescente sin el miedo paternal. Lo que pasa es que el miedo paternal no mejora nada ni los sentimientos del padre, ni la relación con los hijos, ni, mucho menos, la experiencia «experiencia» de los hijos. Pero no se trata de la falta de lógica del temor paternal; existe, lo tienes, te juega malas pasadas, no es bueno para tus hijos, pero lo tienes enredadito en tus preocupaciones de cada día.

Los adolescentes que son mis hijos. Modifica la frase. Tus hijos ya son adolescentes, y es propio del adolescente estrenar, entrenar, jugar, acertar y equivocarse. Comprobar ellos, opinar ellos, afirmarse ellos, necesitar un espacio de autonomía, de ocultamiento, de romper moldes y lo malo es personalizar. Lo que hacen no lo hacen «contra ti», aunque lo hagan tratando de zafarse de tu protección, de tus consejos, de tus órdenes o de tus controles.

Estoy convencido de que las «muletas» que les quiero brindar son las que yo utilicé. Sólo necesitan muletas los que tienen alguna minusvalía, no los adolescentes. Lo menos indicado para unos adolescentes son unas muletas, incluso el ideal sería que los que las necesitan dejen de necesitarlas cuanto antes. Ser adolescente, ser